

ALBERTO PIRIS

General de Artillería



La impotencia de la ONU

El fracaso de los esfuerzos internacionales por poner fin a la larga y sangrienta serie de conflictos que vienen asolando lo que fueron las repúblicas yugoslavas no se debe sólo a la incapacidad de los gobiernos para afrontar esta compleja crisis y llevar a efecto medidas prácticas que la resuelvan. Lo que tan evidente impotencia pone de relieve es, sobre todo, la falta de adecuación del instrumento utilizado al fin propuesto.

Los cascos azules, tal como están estructurados en el momento presente, no constituyen el instrumento adecuado para lo que en Bosnia se trata de resolver. Ni siquiera los mecanismos que pone en práctica el Consejo de Seguridad de la ONU tienen la flexibilidad y rapidez convenientes para actuar con eficacia en situaciones como la que se contempla en los Balcanes. Es más que evidente que tiene sobrada razón el actual secretario general de la ONU cuando en múltiples ocasiones ha propuesto sustanciales modificaciones en el modo de llevar a cabo operaciones de mantenimiento de la paz. Sus sugerencias han caído casi por lo general en saco roto. Los principales estados que tienen en la ONU un foro de entendimiento al máximo nivel no parecen decididos a abdicar de sus prerrogativas soberanas ni a ceder a esta organización, personificada en su secretario general asistido por el Consejo de Seguridad, una mínima capacidad de decisión independiente y los medios necesarios para poder llevarla a la práctica. En EEUU, país acostumbrado a servirse del Consejo de Seguridad para legitimar, cuando lo considera necesario, sus propias decisiones de política exterior, las promesas electorales del nuevo presidente, en el sentido de dar mayor peso a la organización internacional, no parecen encontrar el eco adecuado. Las reformas necesarias chocan contra la inercia del pasado y la conservación de los privilegios, sobre todo en lo que se refiere a los miembros permanentes del Consejo de Seguridad. La retórica sobre la democratización y actualización de este residuo de la Segunda Guerra Mundial, a lo más que conduce es a proponer la reproducción en su seno de la estructura del «grupo de los siete», los países más poderosos del mundo, lo que tampoco suscita mucho entusiasmo entre los miembros más pobres de la organización.

PARA QUE TODO SIGA IGUAL.— La verdadera democratización de la ONU no nacerá en su interior, a menos que no sea impulsada desde los pueblos, las organizaciones no gubernamentales y una intensa movilización de la opinión pública internacional.

Las comisiones que en su seno la estudian, no parecen progresar más allá del conocido aforismo de «cambiar algo para que todo siga igual». Sin embargo, del mismo modo que quienes, tras describir en términos alarmantes el deterioro acelerado del planeta que nos sustenta, afirman con razón que hemos de hacer todo lo posible por cuidarlo «porque no tenemos otro», hay que afirmar lo mismo de la ONU: hemos de preocuparnos por ella, porque no hay otra cosa. No hay otra cosa que permita materializar una esperanza de que los conflictos puedan resolverse sólo por medios pacíficos. No hay otra cosa que permita alcanzar la era en la que la fuerza militar deje de servir exclusivamente a los intereses de cada Estado para ponerse definitivamente al servicio colectivo de la humanidad.

Para resolver problemas como el que la comunidad internacional afronta en Bosnia, se necesitaría una fuerza de policía internacional. Es lo que viene a

hubiera dispuesto de medios suficientes para conocer la situación real sobre el terreno y disponer de información fidedigna y valorada sobre su posible evolución. Y si, gracias a lo anterior, hubiera podido desplegar con rapidez, inmediatamente después de logrado el primer acuerdo entre las partes enfrentadas, una fuerza militar con capacidad coactiva suficiente para imponer sin vacilaciones la ejecución de los acuerdos alcanzados.

FUERZA MORAL.— La fuerza moral que posee una organización militar que ejecuta las resoluciones de Naciones Unidas, junto con el efecto disuasor de su rápido despliegue, hubieran sido más que suficientes para evitar el agravamiento de la situación. Muchos violentos cabecillas locales, que se han envalentado ante la falta de intervención internacional contra sus flagrantes violaciones de toda legalidad, no se hubiesen atrevido a convertirse en jefes militares autónomos que sólo confían en la fuerza de sus armas. Frente a éstas se hubieran erigido, con la serena impassibilidad que da saberse apoyados por la razón internacional, las fuerzas de la ONU. Será necesario, tarde o temprano, aumentar la autoridad del secretario general para decidir en casos de urgencia en los que se ponga en peligro la convivencia internacional. EEUU se encuentra ante este dilema: o sigue ejerciendo de gendarme universal, cobrando luego sus servicios o accede a que el Consejo de Seguridad y el secretario general puedan tener un margen de decisión autónoma para intervenir cuando se considere necesario. Es el reto de Bill Clinton. Pero Europa también ha de poner algo de su parte. La negativa de Francia y el Reino Unido a fundir sus puestos permanentes en el Consejo de Seguridad en uno solo, al servicio de Europa, muestra que todavía hay muchos obstáculos que vencer. He aquí un botón de muestra: los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad, a finales de los años ochenta, dedicaron 2.400 pesetas a gastos militares nacionales por cada peseta que aplicaron a apoyar las actividades militares de las fuerzas de mantenimiento de la paz de la ONU. Esto indica claramente la falta de voluntad de potenciar a las fuerzas militares internacionales y el deseo de seguir conservando el recurso a la fuerza nacional. Ghali ha afirmado que los esfuerzos por modificar la ONU son como «intentar reparar el propio automóvil, mientras se corre a 180 kilómetros por hora». El riesgo es evidente, pero no hay duda de que habrá que correrlo. De no ser así, las futuras Bosnias pueden multiplicarse de modo muy alarmante.

Se necesitarían fuerzas para impedir que el fuego brote. Pero los cascos azules son bomberos que acuden cuando el fuego se ha extendido.

pedir Butros Ghali cuando, en su informe *Un programa de paz*, propone la necesidad de disponer de fuerzas capaces de realizar despliegues preventivos en los casos en que los conflictos amenacen con desbordarse, al igual que ha ocurrido en los Balcanes. El largo proceso que ha de seguir en la actualidad el envío de unidades de cascos azules hace que su acción apenas pueda tener el carácter disuasorio que sería imprescindible. Se necesitarían fuerzas para impedir que el fuego brote. Pero los cascos azules son bomberos que acuden cuando el fuego se ha extendido.

Es casi seguro que el conflicto en la antigua Yugoslavia no hubiera degenerado hasta la situación presente si la ONU

CONTRA LA CONFUSIÓN

Conciencia inconsciente

ANTONIO GARCIA TREVIJANO

La madre de todas las confusiones políticas no es una idea básica equivocada o un valor esencial subvertido, sino la inmadurez para percibir la naturaleza del hecho social que más condiciona la vida y el carácter de los pueblos pobres: el poder político. Es revelador que en esta materia hayamos dimitido de la inteligencia que empleamos en los demás asuntos, y nos portemos como infantes inconscientes. Lo que creemos saber del poder es lo que dicen de sí mismos los poderosos. Y lo que queremos saber del poder se lo preguntamos a los secretarios (intelectuales) de los poderosos. ¡Qué nos van a decir! Lo que diría cualquier pillastre. Que el poder lo tiene el pueblo. Así, toda forma de poder, para quién lo «detenta», es democracia. Pero en el Estado de partidos, la evidencia de los hechos, aunque nadie la quiera ver o decir, contradice la democracia. Entiendo que se discute sobre ideas y valores. Y que cada cual tenga los suyos. Pero es difícil de comprender, a pesar del recurso a las ideologías, por qué se resiste la condición del hombre moderno a reconocer, como simple cuestión de hecho, el estado político en que se encuentra. Se puede estar a favor o en contra de la dictadura, defender o criticar la oligarquía de partidos. Pero, ¿por qué esa torpe insistencia en negar ahora la evidencia de la oligarquía como se negaba antes la evidencia de la dictadura?

No hay forma peor de esclavitud que la del que se cree libre. La esperanza sólo puede anidar en los que reconocen la falta de libertades políticas y la oportunidad histórica de alcanzarlas. Bajo la dictadura, los demócratas teníamos un doble consuelo: creernos intérpretes de las conciencias silenciosas y sabernos comprendidos por la conciencia de Europa. Pero ahora, la media docena de españoles que describimos la falta de libertad de los ciudadanos para elegir a sus representantes y constituir de abajo a arriba el poder político (en lugar de refrendar al que ya está previamente constituido), los que hemos asumido la pesada responsabilidad de contrariar las creencias comunes con la verdad irrefutable de que este régimen no es una mínima democracia, sino una máxima oligarquía política, estamos como los Copérnicos o Galileos del Renacimiento cuando afirmaban, contra la evidencia del sentido común, que la tierra se movía. ¿A qué se espera para reconocer el hecho oligárquico del Estado de partidos? ¿A que llegue su corrupción final como en Italia? Todavía no estamos reclamando la democracia como forma de gobierno superior a la del Estado de partidos. Sería demasiado fuerte para el quebradizo espíritu de los instalados. Ahora sólo pedimos que se reconozca la verdadera naturaleza de este régimen de poder.

La primera cualidad de un ser vivo, vegetal o animal, es la capacidad de reconocer la naturaleza de su medio ambiente. La condición humana no es, en esto, diferente. ¿De qué le sirve su conciencia moral si no puede reconocer el espacio de poder donde espera que germinen sus frutos políticos? La conciencia de lo real, que es un saber primigenio, cumple en el ser humano la misma función que en los organismos primarios. No puede haber verdadera conciencia política, que es un tipo de existencia moral derivada, sin conocimiento autónomo del ambiente de poder que la circunda. La conciencia del poder es anterior y causa de la conciencia política. No se puede ser de verdad progresista o conservador, izquierdista o derechista, siendo un tonto político, es decir, un creyente sin causa, un inconsciente. Cuando falla la percepción de la realidad fáctica del poder, que es una cuestión de instinto o de inteligencia, todo lo demás se vuelve confuso. La confusión política se acentuará, por ello, con un gobierno de coalición que, en el fondo, es un consorcio entre dos pseudoconciencias sin conciencia. La pedantesca «cultura de la coalición», nuevo brote del consenso de la transición, es una apelación a esa incultura general que prefiere hacerse la ilusión de que las mayorías absolutas son malas, para no reconocer que la causa de su maldad no está en la democracia inexistente, sino en la natural repugnancia que produce la dominación de uno solo en la oligarquía de varios, en el Estado de partidos. Cuando la inconsciencia política está ocasionada, como en la España de la posguerra, por el horror al conocimiento de sí mismo, deriva en un tipo de conciencia colectiva que ahoga su pasado en la pura complacencia de un presente sin futuro.